

Las Tierras de Meed

SERIE ÉPICA

Primera edición,
Marzo 2011

Copyright © Carlos González Sosa
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-11-7

Ilustración de cubierta: JAVIER CHARRO
Mapa e ilustraciones interiores: JOSÉ ANTONIO RANDO
Diseño gráfico y maquetación: PABLO GUIL

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:
IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://lastierrasdemed.mundosepicos.es>



Las Tierras de Meed

VOLUMEN III

Cenizas

CARLOS GONZÁLEZ SOSA





*A mi extensísima familia (primos, tíos, sobrinos...),
que me ha regalado todo su cariño y su apoyo,
que me ha demostrado que siempre estará ahí.*

*A todos mis amigos, que son muchos, y de los buenos.
Ellos inspiraron algunos de los personajes del libro.*





Rescaldos de una pesadilla

El hueso crepitó al partirse. La saliva de las poderosas fauces que lo devoraban se deslizó por los bordes y cayó al suelo, mojando otros huesos. El lobo levantó la vista, mientras engullía aquel exquisito manjar. Sus ojos azulados, glaciales, casi transparentes, se pasearon por la llanura. Allí, los cadáveres se contaban por millares. Había comida más que suficiente para todos; por ello, el centenar de animales que deambulaba entre los restos no se preocupaba por esconder sus presas. El enorme espécimen se relamió, tras ingerir el bocado, y luego, alzando su hocico al pálido cielo del amanecer, lanzó un aullido agudo que viajó, arrastrado por la mano del viento, hasta las minas de los enanos.

Allá, en la distancia, decenas de súbditos del clan Piedra de Fuego trabajaban con tesón en la reconstrucción de las puertas de sus veneradas grutas. Los enormes portones que sellaban el paso a los túneles de sus minas habían sido destruidos por las poderosas fuerzas invasoras llegadas al continente de Ýlioran en barcos procedentes del norte.

A pesar de ello, las grutas no habían sido conquistadas. El valor demostrado por los pueblos aliados había conseguido aplacar la amenaza y desmembrar al Ejército de las Sombras, en una victoria digna de ser plasmada en las apertaminadas páginas de las *Memorias de Meed*. Pese a los millares de efectivos que habían perdido, se sentían orgullosos de su proeza.

Habían vencido a la Oscuridad.

La derrota sufrida por las huestes de Noak nunca sería olvidada. Pocos de sus integrantes habían conseguido salir con vida de aquellas tierras estériles. Sus interminables ejércitos habían sucumbido bajo el acero de aquellos a los que pretendían exterminar.

La un día todopoderosa Señora había logrado escapar a lomos de su alado reptil; pero sin duda, aquel rotundo fracaso la perseguiría el resto de sus días.



El lobo prosiguió su majestuoso andar entre los cadáveres. Buscaba, como el resto de los animales, carne fresca que devorar. Y la carne más fresca que po-

día hallar en aquel mar de cuerpos era la de aquellos caídos que aún vivían... Aquí y allá, los gritos agónicos y desesperados de los heridos que eran presa de las salvajes manadas se alzaban hacia las alturas.

El animal se detuvo por un momento. Luego, lentamente, dirigió su mirada límpida hacia un cuerpo vestido con ropajes oscuros. Sus garras buscaron el camino entre los muertos... para acercarse al vivo. Una vez ante él, husmeó su botín antes de, con deliberada parsimonia, cerrar sus fauces sobre una de las piernas del desdichado.

Un débil gemido brotó de los labios de la víctima, que permanecía en un estado de semiinconsciencia. Poco a poco, el humano fue recuperando la razón, hasta súbitamente darse cuenta de lo que estaba sucediendo. En ese momento sintió el dolor que le producían aquellos colmillos blancos que se hundían en su carne, y comenzó a dar patadas al aire, aterrorizado, tratando de zafarse de aquellas mandíbulas, mientras gritaba con desesperación.

El lobo soltó su bocado y retrocedió unos pasos, sorprendido por el furioso vendaval de patadas. Aquel humano conservaba aún fuerzas para luchar, a pesar de su grave estado. El animal lanzó un aullido al viento y volvió a clavar una mirada helada en su víctima, mientras gruñía, dispuesto a llevarse el trofeo. Tras él, otros tres lobos se acercaban, fieles a la llamada del jefe de la manada.

Dàrio se incorporó con gran esfuerzo, y un rayo de dolor cruzó su cuerpo. Haciendo caso omiso de la punzada, buscó un arma con la que defenderse. A su lado había una espada ensangrentada. Sin perder un instante, alargó la mano para aferrar la empuñadura; para su pesar, antes de que llegase siquiera a alzarla, la mandíbula del primer lobo se cerró sobre su muñeca. Los otros tres animales saltaron sobre él, dispuestos a despedazarlo.

De pronto, uno de ellos lanzó un gemido, y vio su salto truncado por una flecha certera. A aquél lo siguieron los otros dos.

Dàrio, sacando fuerzas de flaqueza, pese al dolor que le producía la presión de las fauces de aquel enorme lobo, giró la cabeza.

Su conciencia tan sólo aguantó lo suficiente para ver cómo se acercaban varios soldados, blandiendo hachas y espadas, mientras los arqueros quedaban en la distancia. Luego todo se tornó borroso, y se abandonó a una oscuridad total.



Aires de paz

—Capitán, lo hemos encontrado —anunció un caballero—. Lo hallamos... lo hallamos al pie de un acantilado —concluyó, bajando el tono de voz a medida que acababa la frase, consciente de que aquello confirmaba las sospechas de un suicidio.

El capitán entornó los párpados. Tras unos instantes, habló con determinación.

—Preparad su cuerpo. Lo llevaremos a la ciudad de Munia. Sedém era un caballero ejemplar. Sus restos descansarán en el Templo de los Magnos.

El caballero asintió sin revelar expresión alguna en su semblante y, tras hacer una reverencia, se giró.

—¡Mharyon! —lo detuvo el capitán Ulrick—. Nadie debe saber que se quitó la vida; sería una mancha injusta en su Mención.

El caballero volvió a asentir y continuó con su cometido.

Ulrick lo contempló mientras se alejaba y se perdía entre las numerosas tiendas montadas para albergar a los humanos que habían participado en aquella batalla. Miles de hombres, mujeres y niños deambulaban de acá para allá, esperando con impaciencia el día en que su grupo partiera de vuelta a sus tierras.

Muchos otros ya lo habían hecho. Interminables ríos de refugiados, que se abrían como tentáculos desde las minas, en todas las direcciones, se desplazaban hacia sus hogares, a pesar de la cercanía de la estación invernal.



Algo más apartado de las grutas de los enanos, Ínaco contemplaba todo aquello que lo rodeaba. Se sentía pletórico. Sin lugar a dudas, había sabido interpretar las ambiguas señales de su dios. Muchos minotauros habían perdido su vida en aquellas tierras, pero habían logrado cambiar la horrible visión que, poco tiempo atrás, le fuera revelada en el Orbe Sagrado.

Habían llegado en el fragor de la batalla para conseguir dar un giro decisivo al rumbo que ésta había tomado. Aquella hazaña jamás sería olvidada.



El inigualable valor y el salvaje arrojo de aquellos seres seguían suscitando miradas de admiración, aun días después.

Ínaco comenzó a amarrar su descomunal hacha de guerra al costado del caballo. Sus brazos, poderosos y curtidos, tensaban las correas sin el más mínimo esfuerzo.

El resto de los minotauros seguía su ejemplo, y preparaba sus monturas para el viaje de vuelta. Entre ellos se respiraba un profundo aroma a gloria, a orgullo, a jactancia. Sus semblantes torunos se mostraban rígidos, altivos, tratando de esconder unos esbozos de sonrisas que pugnaban por brotar y gritar al viento ¡victoria!.

—He oído que ya os vais. —La voz del elfo sorprendió a Ínaco, que se giró hacia él.

—La batalla ha acabado. Hemos cumplido nuestra misión aquí —contestó, tras unos segundos, en los que pareció escrutar el semblante de Af-laesh.

—Podríais quedaros unos días. Todos están deseando agradeceros vuestro apoyo. Creo que... que podrían crearse algunos lazos entre las distintas razas.

El hombre-toro volvió a clavar su mirada bovina en el elfo. Luego lanzó un bufido de incredulidad.

—¿Lazos entre nuestras razas? —preguntó—. Jamás. Hemos pagado la deuda que contrajeron nuestros ancestros. Ya no debemos nada al mundo, a ninguna raza. Tampoco vosotros nos debéis nada.

Dicho esto, levantó el brazo para indicar a los demás minotauros que partían y se encaramó a la grupa de su corcel.

Sin embargo, antes de alejarse de allí, se dirigió nuevamente al elfo.

—He visto cómo luchaste en la batalla. Cualquier minotauro se sentiría orgulloso de luchar a tu lado —confesó. Luego espoleó a su caballo.

Af-laesh no consiguió articular palabra alguna. Su mirada siguió al colosal minotauro hasta que éste se perdió en la distancia, junto a los suyos, envuelto en la nube de polvo que levantaban las herradas patas de sus monturas. Meneando la cabeza, se dirigió una vez más hacia la llanura, para continuar la infructuosa búsqueda de Nais.



Por su parte, los trabajos de reparación de los antiquísimos portones de entrada a las grutas no se habían hecho esperar. Habían montado un regio sistema de andamiajes, y en esos momentos terminaban de ensamblar una polea en el extremo de un enorme brazo basculante.

También los grandes agujeros que se habían horadado en los montes romos de aquellas tierras habían de ser taponados. Miles de toneladas de tierra harían falta para lograrlo.

Mientras tanto, otros muchos enanos preparaban las exequias para su venerado monarca, el rey Humbrot. El soberano de las Minas Profundas había muerto de forma heroica, saltando sobre el lomo de un dragón en pleno vuelo, acto con el que había conseguido mitigar la oscura mancha de deshonor que lentamente emborronaba su reinado de esplendor.

Era el súbdito al que más había querido quien se había hecho cargo de honrar su nombre y de limpiar —en la medida de lo posible— su imagen. Gumi cargaba con ese angustioso peso sobre sus hombros con una extraña mezcla de orgullo y tristeza. Él había desvelado los indignos entresijos de su monarca, le había plantado cara, le había negado pleitesía; y Humbrot había optado por encerrarlo en las mazmorras para tratar de ocultar aquella mancha en su nombre.

Pero Gumi sabía que el rey se había arrepentido de sus ignominiosos actos; desde el mismo momento en que lo condenaba a ser recluido en aquellos oscuros submundos, Gumi había leído la duda en su mirada, una duda que poco tardó en convertirse en reconcomio. El miedo a seguir oyendo los argumentos de su vasallo lo había llevado a obrar de manera tan irracional.

Gumi había sido excarcelado cuando la evidencia era demasiado patente para obviarla. El día en que los refugiados de Oxit llegaron a las minas, su monarca hubo de encararse a sus propios actos. A partir de ese momento, el consejero que tan bien había servido al gobernante del clan Piedra de Fuego había evitado por todos los medios mantener contacto alguno con el rey Humbrot, a pesar de los repetidos intentos de éste por hablar con él.

Poco después llegaría a aquellas tierras la amenaza que Humbrot había tratado de ignorar, la amenaza que, por extraños devenires, había contribuido a destapar las tretas del soberano: las fuerzas del norte trajeron con ellos la oscuridad, las sombras... un rancio olor a muerte. Y sería en aquella memorable batalla cuando el rey encontraría la oportunidad de resarcirse de sus errores. Gumi lo había visto, sobre aquel dragón, consciente de que la guadaña se cernía sobre él, mirarle a los ojos y, sin palabras, suplicar su perdón.

¿Cómo no hacerlo? Había sido una proeza digna de ser cantada en los siglos venideros. El rey Humbrot había salvado la vida a su leal súbdito, había librado de una muerte terrible a todos aquellos defensores que se apiñaban alrededor de la lanzadera, había acabado él solo con un poderoso dragón rojo, y había muerto rogando perdón por sus vilezas.

 Las tierras de Meed

Gumi no sólo lo había perdonado, sino que además había asumido la función de preparar sus honras. Había ordenado esculpir en la Sala de los Antepasados una inmensa escultura que lo representase, blandiendo las dos hachas de doble filo... sobre la testa de un dragón de piedra. También había ordenado preparar su lecho fúnebre, en las profundidades, en la Cámara del Silencio, donde descansarían sus restos por toda la eternidad.

Decidió que él mismo relataría, grabada con su paciente cincel, también en la Sala de los Antepasados, la heroica actuación del rey Humbrot. Emplearía todo su amor en ello, rescataría toda su devoción del rincón oscuro al que la había relegado, diluiría en el olvido los avariciosos planes del soberano que tanto daño le había hecho.

Se dio cuenta entonces de que, aunque no quisiese admitirlo, aún veneraba a aquel terco enano que en esos momentos se hallaría bebiendo cerveza en una jarra de plata, acompañado por sus épicos ascendientes, sonriendo orgulloso bajo su espesa barba al verle esculpir aquellas palabras de reconocimiento.